

Nota bibliográfica

ANTONIO MACHADO NA LONGA NOITE DE PEDRA: A PROPÓSITO
DE UN LIBRO DE XESÚS ALONSO MONTERO¹

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ HERRÁN
Universidade de Santiago de Compostela
josemanuel.gonzalez.herran@usc.es

Cuando se enumeran los campos del saber filológico cultivados por el profesor Alonso Montero, siempre se destacan —con toda justicia— sus fundamentales aportaciones al estudio de las letras gallegas (tanto las principales figuras —Rosalía, Curros, Castelao, Otero Pedrayo, Blanco-Amor, Filgueira, Risco, Piñeiro, Seoane, Pimentel, Cabanillas, Cunqueiro, Dieste, Neira Vilas...—, como los autores menos conocidos: Leiras Pulpeiro, Ben-Cho-Sey, Aníbal Otero, Lorenzo Varela, Arturo Cuadrado, Moreno Márquez, Delgado Gurriarán...), sus trabajos sobre cuestiones de sociolingüística (como su temprano y fundamental *Informe dramático sobre la lengua gallega*), de literatura y política (entre otros, *A batalla de Montevideo. Os agravios lingüísticos denunciados na UNESCO en 1954*), la edición y estudio de textos, tanto de aquellos grandes clásicos, como de escritos olvidados de héroes anónimos (así, las emotivas *Cartas de republicanos galegos condenados a morte*); sin olvidar su propia obra de creación, reflejo de sus inquietudes políticas y académicas (*Pedro Petouto. Traballos e cavilacións dun mestre subversivo*).

Pero este maestro, que desde 1956 ha sido Catedrático de Lengua y Literatura españolas en Escuelas de Magisterio y en Institutos de Bachillerato;

¹ Xesús Alonso Montero, *El nombre y la obra de Antonio Machado dentro de las coordenadas del franquismo*, A Coruña: Hércules de Ediciones, 2022, 263 pp.

que, antes de ocupar la cátedra de Filología Galega de la Universidade de Santiago de Compostela, hasta su jubilación y hoy como Emérito, fue Profesor de Literatura española en el entonces Colegio Universitario de Vigo, ha sido y continúa siendo un infatigable investigador de las letras españolas (Cervantes y el *Quijote*, Unamuno, Valle-Inclán, García Lorca, Miguel Hernández...), con una especial dedicación —yo diría *devoción*— a Antonio Machado.

Digámoslo alto y claro: Alonso Montero es, sin duda, uno de nuestros más valiosos *machadólogos* (como él diría), con autoridad reconocida en ciertos aspectos y parcelas de la producción del escritor sevillano: su prosa y su pensamiento político, pero también —y sobre todo— la difícil pervivencia de su figura, personalidad y obra en la España posterior a 1939. De esa autoridad como machadista es buena prueba el nutrido *currículum* recogido en el último capítulo de este libro, “Bibliografía machadiana de X.A.M.”, cuyo inventario recoge: una antología, cuatro volúmenes recopilatorios de textos de o sobre Machado, tres artículos en volúmenes colectivos, siete artículos en revistas filológicas o culturales, dos artículos en suplementos culturales de periódicos, al menos seis conferencias (yo creo que han sido más), tres poemas, dieciséis artículos en la prensa diaria... Y, por supuesto, este volumen, que culmina, por ahora, tan rica trayectoria.

En él tenemos reunida una primera entrega de sus investigaciones —casi todas inéditas— sobre ese importante aspecto de la obra machadiana: su pervivencia o vigencia durante el franquismo; y escribo “primera entrega” porque sospecho que aún quedan entre sus papeles y pensares bastantes cosas que añadir. Reconozcamos que no es un campo totalmente inexplorado en los estudios de literatura española contemporánea; pero, sin duda, el de nuestro maestro aventaja a los que ya hay, e incluso a los que puedan venir, en una dimensión muy concreta: hay aquí datos, comentarios, reflexiones, noticias e informes, apoyados en una rica documentación (en buena parte, poco conocida, cuando no inédita), que en algunos casos es “de primera mano”; porque el autor de este libro no habla —o escribe— solo de lo que ha leído o investigado, sino también de lo que ha vivido,

como testigo o protagonista de algunos de los episodios referidos. En ello reside, a mi juicio, la singularidad insuperable de estas páginas: en buena medida, como él mismo insinúa (lo declara, en el capítulo 10) este libro puede ser leído como unas “memorias machadianas” de alguien para quien la palabra de don Antonio —“palabra en el tiempo”— ha sido, y sigue siendo, alimento espiritual, estético, ético, cívico...

Comenzando por los dos primeros capítulos del libro que reseño (los únicos previamente publicados, en esta misma revista *Hesperia* en 2020 y en 2021), en el dedicado al “rescate” de un cierto Antonio Machado por parte de Dionisio Ridruejo —antes en un artículo de la revista *Escorial* (1940), luego como prólogo a las mal llamadas *Poesías Completas* de Machado en la editorial Espasa-Calpe (1941)— quiero destacar la generosa (“piadosa”, según pedía Valente²) lectura que Alonso Montero hace de aquel malaventurado texto firmado por Dionisio, aportando en su descargo las posteriores matizaciones y correcciones que hizo aquel falangista de la primera hora, convertido al final en tardío socialdemócrata.

Menos piedad le merece -y nos merece- la glosa dedicada al poeta, cuando habían pasado pocas semanas de su fallecimiento en Francia, firmada por Eugenio D’Ors, que es objeto de análisis y agudo comentario en el segundo capítulo. En este terreno de los juicios que la obra machadiana suscitó en los primeros años de postguerra, escasa importancia crítica tuvo, aunque sí bastante influencia en ciertos ambientes lectores, la opinión del jesuita Garmendia Otaola en su libro *Lecturas buenas y malas a la luz del dogma y la moral*, publicado en Bilbao en 1949, con suplementos y reediciones en 1950, 1953 y 1960.

Por otra parte, cualquier estudioso de la historia de la literatura española aprenderá mucho de los capítulos dedicados a la muy diferente visión, interpretación y valoración de la poesía de Antonio Machado por parte de dos cualificados (aunque de cualificación también muy diferente) maestros de

² “Este prólogo hay que leerlo con piedad, con melancolía”, leemos en la nota manuscrita que Valente escribió al final del texto de Ridruejo en su ejemplar de este libro, hoy depositado, con el resto de su biblioteca personal, en la Cátedra Valente (Facultad de Filología de la USC); Alonso Montero reproduce el facsímil de esa nota en la página 47.

nuestra disciplina: Joaquín de Entrambasaguas y Ángel Valbuena Prat. Hay aquí datos muy interesantes —y de primera mano, pues Alonso fue alumno (que no discípulo) suyo— sobre la compleja personalidad del Profesor Entrambasaguas, en el ambiente académico de aquella Universidad Central de los años cincuenta. Y muy sagaz es también su interpretación de los diferentes juicios que sobre el poeta sevillano formuló Valbuena en momentos diferentes de su carrera.

A propósito de lecturas de Machado desde la perspectiva de ciertos profesores, cabría formular una leve objeción al capítulo 4, en el que “dos docentes [uno, en 1943; otra, en 2008] enjuician la vida y la obra de Machado”: creo que un lector poco perspicaz o advertido quedará desconcertado, respecto a quiénes sean aquellos docentes. Si se fija atentamente en otras páginas de este libro, podrá deducir el nombre que se esconde tras esa profesora mexicana, nieta de exiliado gallego, que firma como “Minerva Loureiro Alemparte”; pero no le resultará tan fácil identificar a ese otro “profesor segoviano moderadamente franquista” que redacta esa lección para estudiantes de 7º curso de Bachillerato, útil también a opositores (como lo sería Xesús diez años después...)

Aunque sea un capítulo aparentemente menor, por su extensión, quiero destacar el interés e importancia del 7º, que estudia la relación de nuestro poeta con Enrique Lister (nombre ‘de guerra’ —nunca mejor dicho— de Jesús Liste Forján, nacido en la parroquia de Calo, en la comarca compostelana). Un episodio no siempre bien explicado, como tampoco lo ha sido —sí en estas páginas— el elogioso soneto que le dedicó don Antonio, y cuyos versos finales Alonso Montero ha sabido interpretar certeramente, con la ayuda de Baltasar Gracián.

He querido dejar para el final de esta reseña lo que considero núcleo fundamental del libro, y que, si bien está repartido entre varios capítulos (6, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16 y en parte también el 10), podríamos rotular como “Recuerdos y homenajes a Machado, entre 1946 y 1975”. Solo por esas páginas —más de la mitad del volumen— se justifica su extraordinaria importancia: ante todo, por las informaciones novedosas que aporta, pero también (y sobre todo), por el papel

testifical, cuando no protagonista que el autor de este libro tuvo en algunos de aquellos episodios.

En efecto, los estudios sobre las resonancias machadianas en la España posterior a 1939 (entre los que quiero destacar los de Jesús Rubio Jiménez y de Santos Sanz Villanueva³) han notado la importancia que tuvieron homenajes como los de 1959, en Collioure y Segovia, y el de 1966, en Baeza; no tanto el de 1968, en Torrelodones, casi olvidado y que este libro contribuye a rescatar. A todos ellos se refiere también Alonso Montero, añadiendo detalles e informaciones casi desconocidas, salvo para quienes tuvieron alguna intervención o participación; así, el Manifiesto del Homenaje en Segovia; los testimonios, escritos a petición de nuestro autor por Carlos Álvarez y por Luis Cochón, presentes en el frustrado Homenaje en Baeza; o el documento autógrafo e inédito de García-Sabell, sobre la Jornada de Torrelodones.

Pero resultaba obligado, por razones de estricta justicia, recordar también otros homenajes (algunos, muy tempranos) que tuvieron por escenario diversas ciudades de Galicia y que hasta ahora no han alcanzado el reconocimiento merecido.

Así, la lección inaugural del curso académico 1946-1947 (cuando no habían pasado siete años del final de la guerra civil y de la muerte del poeta) en el Instituto Santa Irene, de Vigo, que, con el título “Antonio Machado y su obra poética”, pronunció su Catedrática de Lengua y Literatura españolas, Consuelo Burell Mata. Es lástima que de aquel temprano homenaje vigués a Machado no tengamos más testimonio que la crónica periodística en *Faro de Vigo*, repetida días más tarde en *La Noche*, de Santiago de Compostela; aunque no descarto que la insistencia pesquisidora de Xesús consiga encontrar algún documento o testimonio, para completar la interesante semblanza que aquí nos ofrece de aquella profesora. Quien -por cierto- había sido compañera de Machado en el claustro del Instituto madrileño Calderón de la Barca, antes de la guerra; y que,

³ *La herencia de Antonio Machado (1939-1970)*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018. “Antonio Machado, estandarte político en 1959”, *Barcarola: revista de creación literaria*, 92-93 (2019), pp. 233-242.

durante esta y antes de venir a Vigo, ejerció un papel determinante en la vocación y formación literaria de Carmen Laforet, alumna suya en el Instituto de Las Palmas de Gran Canaria.

Tras aquella madrugadora muestra, Alonso nos recuerda otras dos similares, en ciudades de Galicia: la lección inaugural en el Instituto de Ferrol, en 1951, donde el profesor López González elogió al poeta de *Campos de Castilla*. Como haría en 1959 otro ilustre catedrático de Instituto, Filgueira Valverde, en sus “Notas sobre la poesía de Antonio Machado”, en un periódico oral juvenil, en Pontevedra.

Pero, sin duda, el más importante de estos primeros homenajes gallegos al poeta sevillano fue el que tuvo lugar en Santiago de Compostela en febrero de 1964, nunca contado como aquí con tanto detalle y con testimonios de varios de sus promotores y protagonistas: uno de ellos, el propio Xesús Alonso Montero, pero también los entonces estudiantes Luis Cochón (principal organizador del acto), Rafael Chacón y el poeta Arcadio López Casanova. Del relato que estas páginas ofrecen de aquel episodio, merecen destacarse las alusiones a la brillante conferencia que dictó Santiago Montero Díaz, la difícil papeleta (y mucho menos brillante lección) que le correspondió al entonces decano, Abelardo Moralejo Laso; y, sobre todo, un dato desconocido para quien firma esta reseña y que, por ello, le ha resultado especialmente emotivo: en el acto académico recitó unos poemas de Rafael Alberti y de Blas de Otero un alumno (entonces en el primer curso de Filosofía y Letras), el ferrolano Joaquín Lens Tuero, cuya voz y dicción impresionaron a los oyentes, según notaron las reseñas de prensa y aún recuerdan los testigos. Algo que no me sorprende, pues fui compañero (de profesorado de instituto y de oposiciones a Cátedras) y buen amigo de Joaquín, fallecido en 2020; y acaso tampoco sorprenderá a los que recuerden la hermosa voz de quien, además de catedrático de Instituto y excelente crítico de arte, fue uno de los pioneros en el doblaje en la TVG.

En marzo de 1966 otros estudiantes compostelanos promovieron un nuevo homenaje universitario a Machado; faltaban todavía algunos meses

para mi llegada a aquella Universidad, de modo que me perdí aquel acto, y la oportunidad de escuchar a Alonso Montero, que fue uno de los conferenciantes, con otro recordado maestro, el catedrático de Filosofía José Manteiga, de quien también fui compañero de docencia. Días más tarde, aquel homenaje se repitió en A Coruña, con los mismos intervinientes, presentados por el poeta Álvarez Torneiro. Conviene destacar —y así se hace en estos capítulos— que en ambos casos correspondió al clandestino PCE la responsabilidad en la promoción y organización de los homenajes, según explica con detalle el minucioso informe escrito para este libro por uno de aquellos militantes, el compostelano Luis Pasín.

En octubre de ese mismo año 1966 -pródigo en homenajes machadianos- nuestro autor promovería y protagonizaría un muy importante acontecimiento editorial en Lugo, la ciudad en donde entonces ejercía su cátedra de Instituto. Se trata del libro *Antonio Machado na nosa voz*, hito fundamental, acaso no suficientemente reconocido en la bibliografía sobre aquel poeta, y que, tras el obligado ensayo introductorio, firmado por Alonso Montero, ofrecía una selección de poemas y prosas de Machado traducidos al gallego, una “Corona poética”, con versos de López Casanova, Bernardino Graña, Manuel María, Álvarez Torneiro, Lueiro Rey y Carlos Casares, dedicados al poeta andaluz; y cerraban el volumen otros poemas de diversos autores no gallegos (López Pacheco, Pere Quart, Pierre Enmanuel), traducidos a la lengua de Galicia. Pero, más que el contenido del libro, resulta de muy interesante lectura todo lo que aquí se explica sobre las vicisitudes de aquella osada publicación: no sólo, aunque fuese lo más arriesgado de afrontar, la lucha con la censura previa, para conseguir que pudiese ver la luz, sino también la compleja relación de algunos de aquellos poetas con el magisterio poético machadiano (del que más de uno abjuró posteriormente).

Para cerrar esta reseña, quiero retomar un aspecto al que antes aludí, y en el que insisto, porque así lo hace el autor —como parte muy implicada— y con toda justicia: el importante papel que, en la reivindicación pública de la figura de Machado en la España de posguerra, desempeñaron los comunistas españoles, con la colaboración también generosa, aunque menos arriesgada, de los entonces llamados “compañeros de viaje”.

Esa labor, que fue determinante en algunos de los episodios mencionados (Collioure, Segovia, Baeza, Santiago, Lugo...), culminó en 1975, año en que se cumplían —en julio— los cien del nacimiento del poeta: una comisión de notables puso en marcha los preparativos de lo que pretendía ser un magno homenaje nacional a Antonio Machado, y que tendría lugar a lo largo de aquella primavera. Importa recordar quiénes formaban aquella comisión: Rafael Alberti, Aurora de Albornoz, Vicente Aleixandre, Xesús Alonso Montero, Dámaso Alonso, José Bergamín, Antonio Buero, Vallejo, José Manuel Caballero Bonald, José Luis Cano, Ramón Carande, José María Castellet, Carlos Castilla del Pino, Gabriel Celaya, Ángela Figuera, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Ricardo Gullón, Cristóbal Halffter, Blas de Otero, Juan Rejano, Luis Rosales, Pablo Serrano, Andrés Sorel, Eloy Terrón, Manuel Tuñón de Lara, Luis Felipe Vivanco, María Zambrano. Un atento repaso a esa lista, que reúne personalidades muy significativas, de diferentes generaciones y ocupaciones intelectuales, pone en evidencia que, sin perjuicio de su variada procedencia ideológica, el protagonismo —y estoy seguro que la más intensa actividad— correspondía a los entonces militantes o simpatizantes comunistas. Lamentablemente, la compleja situación de aquella España en los estertores del franquismo (estertores que en noviembre serían algo más que simbólicos) impidió que se convirtiese en realidad su ambiciosa programación: conferencias, recitales, publicaciones, exposiciones... Gracias a estas páginas, con sus abundantes datos, informes, documentos y apéndices, podemos reconstruir aquel fallido proyecto, no tan conocido como se merece.

Tengo para mí que una nota bibliográfica cumple su función cuando, al terminar su lectura, no solo tenemos cumplida información de las aportaciones —o limitaciones— del libro reseñado, sino que, como conclusión de todo ello, estamos en condiciones de decidir si nos conviene o no incorporarlo a nuestra biblioteca. No solo lo aconsejo, sino que me atrevo a declarar que, para los interesados en la obra machadiana, es imprescindible la recopilación de trabajos que Alonso Montero nos ofrece en este libro.